Fecha de recepción: 18-10-2018
Fecha de aceptación: 14-1-2019

Link para este artículo: http://dx.doi.org/10.14198/ALEUA.2019.31.08

Puede citar este artículo como:
HIBBS, Solange, «El cuento en la literatura edificante española del siglo XIX», *Anales de Literatura Española*, n.º 31 (2019), pp. 133-148.

EL CUENTO EN LA LITERATURA EDIFICANTE ESPAÑOLA DEL SIGLO XIX

SOLANGE HIBBS
Universidad de Toulouse-Jean Jaurès

Resumen

Aunque la literatura recreativa y de ficción suscitó la desconfianza de la Iglesia y de determinados sectores del catolicismo, el auge de la prensa y la existencia de una sólida red de librerías y editoriales católicas favorecieron la producción y la difusión de una literatura edificante en la que coexistían distintos géneros como las leyendas, la novela corta, la novela y el cuento. Escritores católicos como Antonio de Trueba, María Pilar Sinués de Marco, Manuel Polo y Peyrolón, el Padre Coloma recogieron la tradición del cuento con las debidas reelaboraciones. La literatura edificante también supo aprovecharse de las traducciones y adaptaciones de la producción cuentística europea y autores como Louis Veuillot, Alphonse Daudet, Mathilde Bourdon y el canónigo Cristóbal Schmid se convirtieron en referencias ineludibles. En casi todos los casos, la preocupación por la ejemplaridad de las narraciones llevaron a estos autores a supeditar el argumento folklórico y la construcción literaria a la finalidad moral.

Palabras clave: literatura edificante, Iglesia católica, transferencias culturales, literatura popular.

Abstract

In spite of the distrust of the Catholic Church with respect to literary fiction and imaginative literature, many Christian authors published a wealth of short stories and tales which were widely publicized in the press and disseminated by catholic bookshops and publishing houses. Antonio de Trueba, María Pilar Sinués de Marco, Manuel Polo y Peyrolón and the Jesuit Luis Coloma were well-known for their tales and short stories. Well-intentioned narratives and tales of European Christian authors like Louis Veuillot, Alphonse Daudet, Mathilde Bourdon and the clergyman C. Schmid were extensively translated and adapted as they prompted a vibrant moral force in literature.

Keywords: edifying literature, Catholic Church, cultural transfers, popular literature.

La proliferación de impresos que se verifica a lo largo del siglo y con especial pujanza después de 1850, representa a ojos de la Iglesia un fenómeno de particular gravedad porque amenaza el monopolio ideológico clerical y favorece la lectura, acto subversivo por naturaleza. El peligro no residía solo en la masificación del impreso, lo que suponía que la Iglesia ya no podía controlar la totalidad de la producción sino también en una secularización que ponía en competencia la literatura piadosa y ortodoxa y otro tipo de lecturas como la llamada literatura recreativa y la prensa. Los progresos del liberalismo (libertad de pensamiento y de expresión), el acceso de nuevos públicos a la lectura sin ninguna mediación eclesiástica, la supresión de la censura previa y el nuevo contexto legislativo posterior a 1868 constituían brechas preocupantes.

Sin lugar a duda, la literatura amena y recreativa, muy difundida en la prensa española de la segunda mitad de la centuria, es la que más reticencias suscitaba por parte de los estamentos eclesiásticos por considerarse como más propensa a corromper la mente y el alma que a distraer honestamente a los lectores. Dentro de este ámbito de la literatura llamada recreativa, se insertan géneros distintos entre los que la novela y el folletín aparecen como los más «perversos ya que trastornan el sentimiento moral y (…) desmoronan la sociedad» (*La Hormiga de Oro*, La novela, 16-VII-1890). La penetración en España de una literatura recreativa abundante por medio del aluvión de traducciones suscitó la ira y la virulenta crítica de eclesiásticos y autores como el Padre Blanco que fustigaba en su obra, *La literatura española en el siglo XIX*, la dependencia de España con respecto a la literatura de otras naciones. Esta dependencia española se refleja en los catálogos de editoriales católicas y de bibliotecas de buenas lecturas que indican que más de la mitad de las obras propuestas provienen de fuera. A modo de ejemplo, señalemos que en el período desde 1840 a 1859 se publican más de 700 traducciones de novelas y un 80% son francesas. Entre 1878 y 1891, un 70% de los titulos de las obras que pertenecen al género narrativo en el sentido amplio de la palabra son traducciones (Botrel 2014: 64). El rastreo de otros géneros como lo que se denomina relaciones, historias breves, leyendas y cuentos también revela la dependencia de España con respecto a moldes extranjeros. En lo que se refiere al género que nos interesa, las referencias son las de Jacob Grimm (1785-1863) y Wihelm Grimm (1786-1859), Hans Christian Andersen, (1805-1875), Alphonse Daudet (1840-1897), Mme Voillez, Mathilde Bourdon (1817-1888), Louis Veuillot (1813-1883), el canónigo Cristóbal Schmid (1768-1854) cuya obra fue un auténtico best-seller, traducida y difundida en toda Europa en los siglos XIX y XX. Tratándose de la literatura católica o edificante, podríamos decir que es por naturaleza intemporal y universal ya que muchas de las lecturas

propuestas son traducciones que circulan mediante una sólida red internacional de buenas lecturas. Estas transferencias culturales se apoyan en un proceso de apropiación e hispanización de la literatura cuyos mediadores son las editoriales y la prensa católicas, las bibliotecas y librerías que se benefician del beneplácito de la Iglesia y de la censura eclesiástica.

También conviene señalar que las distintas editoriales europeas, entre otras francesas y alemanas, se convirtieron en auténticos agentes mediadores que favorecieron el desarrollo de una literatura transnacional. Varios ejemplos de estas mediaciones son dignos de mencionarse. La editorial alemana de F.A. Brockhaus ubicada en Leipzig, cuya segunda generación familiar fundó en París el establecimiento Brockhaus&Avenarius, concedió particular importancia a los trabajos folkloristas de Fernán Caballero (1796-1877), a las recopilaciones de cuentos de Antonio de Trueba (1819-1889) sin olvidar los clásicos dentro del género cuentístico, los hermanos Grimm (Ceballo Viro: 100). En este paisaje editorial en el que se diluyen las fronteras, habría que incluir la librería parisina de Baudry con su «Colección de los mejores autores españoles antiguos y modernos» en la que se mezclan todas las épocas y géneros (*Ibid.*: 82) sin olvidar la de Carlos Bailly-Ballière afincada en Madrid y cuyas colecciones incorporan cuentos de diversos orígenes. Como subraya oportunamente Carlos Frontaura (1834-1910) en 1868, al deplorar la situación de atraso de la publicación y edición de libros en España, la imprenta y la librería en Francia son dos florecientes industrias que favorecen esta circulación de obras extranjeras y españolas: «La casa Hachette y Compañía, la de Michel Levy, la de Dentu y otras muchas, por miles de miles venden sus libros en Francia, en el extranjero y América; y no es lo particular que hagan tan buenos negocios con sus libros, sino que los hacen, y no pequeños, con libros españoles que colocan ventajosísimamente en toda la América española» (Frontaura, *El Cascabel* 1868: 115-116).

Estas transferencias entre países y agentes de mediación tuvieron notables consecuencias sobre el contenido de una literatura que se caracteriza, en el caso del cuento y de la novela corta, por adaptaciones, reescrituras y apropiaciones culturales. La «hispanización» de la literatura recreativa es particularmente visible en las revistas y publicaciones católicas.

La prensa, propulsora de la literatura recreativa y del cuento

Para la Iglesia se trata de contrarrestar los efectos de la democratización de la literatura recreativa controlando a la vez la penetración de obras extranjeras y estimulando una producción autóctona. La prensa católica, que se diversifica a lo largo del siglo, se convierte en una de las herramientas privilegiadas de estas estrategias defensivas y ofensivas. Basta con citar algunas las declaraciones de

las publicaciones de más relieve en el ámbito católico para darse cuenta de la voluntad de de Iglesia y de los distintos sectores católicos de no permanecer al margen de la comunicación impresa. Algunas revistas como las conocidas *Revista Popular* (1870) y *La Hormiga de Oro* (1884) se esfuerzan en organizar una verdadera «táctica de atracción» del público católico y abogan por ofrecer «a ese público que se guía por el utilitarismo, periódicos católicos los más completos, los más variados, los más amenos, los mejor escritos que existieran en España» (*La Hormiga de Oro*, Las dos propagandas, 20-IV-1884).

Aunque las tiradas de las publicaciones católicas no pueden competir con las de la prensa liberal, su contenido refleja el esfuerzo de adaptación de los católicos y de la Iglesia para estar, como declara el eclesiático y escritor Joaquín Roca y Cornet (1804-1873) «a la altura del siglo en el que viven» (Roca y Cornet 1847: 38).

Las más prolíficas en cuanto a literatura recreativa son indudablemente *La Hormiga de Oro*, prestigiosa revista catalana, dirigida por el carlista Luis María de Llauder (1837-1902) y *La Ilustración Católica de Madrid* (1878-1899), Revista de Literatura, Ciencia y Arte publicada en Madrid bajo la dirección de Manuel Pérez Villamil (1849-1917) desde 1879. Dicha publicación en la que colaboran escritores católicos de cierto prestigio como Valentín Gómez (1843-1907), Antonio de Valbuena (1844-1905), Ceferino Suárez Bravo (1824-1896) y José María de Pereda (1833-1906), pretende ser «una obra de recreo y de instrucción que los hábitos modernos han hecho necesarios» (*La Ilustración Católica*, «A los señores escritores», 7/11/1878). En ambas publicaciones abundan los cuentos de escritores extranjeros y españoles y algunos de los representantes del género son Louis Veuillot, Alphonse Daudet, Manuel Polo y Peyrolón (1846-1918), Francisco Navarro Villoslada (1818-1895), Fernán Caballero, Antonio de Trueba y Adolfo Claravana (1844-1905). Dicha producción cuentística se inserta en los acontecimientos políticos y culturales del momento y muchos son los que podrían llamarse cuentos circunstanciales. La cuestión social genera una producción centrada en los temas de la huelga, de los obreros y de la caridad, única opción para resolver las desigualdades terrenales. Estos cuentos, así como otros relatos cortos, coexisten con crónicas dedicadas a la celebración del 1° de mayo, al proletariado industrial y adquieren particular relieve en el año 1894 con la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII.

La cuestión social está presente en otras revistas de alcance más restringido como *La Familia Cristiana* (1876), *El Obrero Católico* (1895), *la Revista Católica de Cuestiones Sociales* (1895). La celebración del primer centenario de la revolución francesa, que suscita fuertes reacciones por parte de los sectores católicos españoles, favorece la floración de cuentos contrarrevolucionarios.

Otros temas candentes como el Caso Dreyfus en la década de los 90 propicia la eclosión de una literatura contra los judios, literatura alimentada por los esterotipos del judío traidor y falso que encarna personajes como el usurero en cuentos tanto españoles como extranjeros y recogidos en la prensa de la época.

En el paisaje periodístico, *La Revista Popular* dirigida por el conocido e integrista eclesiástico Félix Sardà y Salvany (1841-1916) también hace concesiones notables a la literatura recreativa y promociona a autores como Manuel Polo y Peyrolón y Antonio de Trueba, a los que considera como esclarecidos representantes de una literatura auténticamente cristiana y española.

Quiza el caso más paradigmático de este oportunismo literario sea el de la revista jesuita *El Sagrado Corazón de Jesús* que supo aprovechar, desde los años 1880, los talentos del Padre Coloma (1851-1915). Las propias palabras de este eclesiástico, prolífico autor de una obra a la vez moralizante y cristianamente «realista», revelan el propósito misionero de la llamada literatura recreativa edificante:

> Hoy todo es cátedra, todo es púlpito, desde donde puede y debe reflejar la enseñanza de Jesucristo, porque la rabia del infierno lo ha convertido todo en cátedra, en púlpito desde donde, con odio sin igual y con furor siempre creciente, sin cesar se la ataca. Lejos, pues de anatemizar a los buenos novelistas, les concedemos la gran misión, la trascendental tarea que ataña al hábil confeccionador de eficaces contravenenos, que destruyan la mortal influencia que esparce por todas partes la ponzoña de las malas novelas (Coloma 1890: 11).[1]

Las referencias del Padre Coloma a la novela se insertan en el contexto de una polémica que, a partir de 1880, se centra en la novela como género, y más particularmente, la novela naturalista. Conviene recordar a estas alturas que este debate afecta a toda la literatura recreativa y se refiere, en términos más generales, al antídoto de las buenas lecturas contra las malas lecturas. Si el Padre Coloma consigue un éxito notable con su novela *Pequeñeces*, la mayoría de su obra, la que se publica en la prensa y en colecciones como «Lecturas recreativas» bajo el patrocinio de los Jesuitas, son relatos cortos, lo que el propio autor denomina «cuadros de costumbres populares» y cuentos. La popularización de una producción cuentística responde a la voluntad de captar lectorados distintos y se beneficia de la proliferación de publicaciones

1. Con perspicacia, Emilia Pardo Bazán comenta la instrumentalización con fines ideológicos de los talentos literarios del Luis Coloma: «Tal vez ni al mismo Coloma se le ocurriría reanudar su trato con las letras, si fieles a su costumbre de aplicar a cada jesuita la labor que para mayor aptitud revela, no le hubiesen impulsado sus propios maestros a recordar las habilidades de otro tiempo para fines edificantes y a mayor gloria de Dios» (Pardo Bazán 1889: 90).

literarias. La facilidad de publicación de un género accesible a todos propició, a su vez, cierta fluidez en la creación. Una fluidez que, por otra parte, conllevaba cierta indefinición genérica.

Por razones a veces estrictamente comerciales o quiza relacionadas con la valoración de determinados géneros literarios, el cuento no siempre aparece como tal y autores como Coloma, Polo y Peyrolón, Francisco Navarro Villoslada y la propia Fernán Caballero, muy presentes en las ilustraciones y revistas católicas de la centuria, proponen «historietas, relatos cortos, narraciones breves, relaciones» que, en muchos casos se definen como cuentos en las colecciones y bibliotecas de buenas lecturas. *La Ilustración Católica* ofrece incluso cuentos en varias entregas como en el caso del cuento «Un hombre arruinado» de Francisco Navarro Villoslada del año 1894. La misma estrategia de atracción es la que desarrolla *La Hormiga de Oro* con la publicación en varias entregas de los cuentos de Adolfo Claravana (*Las monedas del otro mundo*, 1895), de Louis Veuillot (*El aposento nupcial*, 1889) o de Mathilde Bourdon (*Los dos caminos*, 1889). Como nos recuerda Baquero Goyanes, el Padre Coloma, al igual que Fernán Caballero, se sirvió del término «cuento» para sus relatos destinados a los niños «reservando para los literarios, novelescos y originales, el vocablo de "relaciones"» (Baquero 1959: 56). Las apelaciones se justifican a veces, por las estrategias de lectura que conviene desarrollar. Es de notar que los cuentos publicados bajo esta apelación reivindican a menudo su origen popular e incluso pretenden recoger la veta de una tradición literaria europea.

La mayoría de las publicaciones y revistas con tiradas significativas proponen colecciones de cuentos, relatos cortos o narraciones distribuidas por establecimientos editoriales integrados en una red de distribución que beneficia del reconocimiento de la Iglesia. La difusión de esta literatura edificante que se ajusta a moldes convencionales, se apoya en la existencia de un comercio librero cuyos centros de gravedad se encuentran en grandes ciudades como Barcelona, Madrid, Valencia y Sevilla. Muchas de las iniciativas para implantar bibliotecas y colecciones de novelas cortas, relatos edificantes y cuentos se inspiran en el mercado literario francés. Mencionemos el caso de la editorial Mame en Tours y Mégard en Rouen que ofrecían a sus lectores la «Bibliothèque de la jeunesse chrétienne» sin olvidar a otros casos de especial relieve como los de Gaume, Casterman y Plon en París y que proponían la «Bibliothèque des familles chrétiennes et des maisons d'éducation».

La consulta de los catálogos de las obras de fondo de conocidas editoriales españolas nos proporcionan valiosos datos sobre difusión de colecciones de relatos y cuentos mediante bibliotecas especializadas. Establecimientos como el de Jaime Subirana, presente en Barcelona desde 1845 y cuya oferta

está escrupulosamente controlada por la censura eclesíastica, anuncia una «Biblioteca escogida de la juventud» compuesta por 24 tomos en 1876 y una «Biblioteca económica de la infancia» que consta de una «colección de novelitas interesantes, amenas y morales, al alcance de los niños» y bajo la dirección de Joaquín Rubio y Ors (1818-1899).[2] En los catálogos de ambas colecciones vuelven a aparecer las acostumbradas referencias en el ámbito de la literatura recreativa: Fernán Caballero, Louis Veuillot, el Padre Coloma, Manuel Polo y Peyrolón y Antonio de Trueba. En las últimas décadas del siglo predominan los autores nacionales salvando el caso del canónigo Cristóbal Schmid, cuya obra fue adaptada por escritoras como María Pilar Sinués de Marco (1853-1893).

La literatura edificante en general se caracteriza por la escasa diversidad de la oferta y si nos fijamos en los catálogos de otras editoriales como la de Antonio Pérez Dubrull, ubicada en Madrid y que promueve a partir de 1870 «La familia cristiana», una biblioteca de obras amenas para la juventud, nos damos cuenta de que la finalidad edificante y moralizadora de esta literatura sigue siendo la preocupación predominante. Dentro del panorama de la edición, el establecimiento de Saturnino Calleja Fernández fundado en 1876, es indudablemente uno de los que tuvo más protagonismo en el ámbito de la literatura para la niñez ya que este editor cuya «Biblioteca de Cuentos para niños» tuvo un éxito considerable con la publicación anunciada en 1876 de 149 tomos[3].

Autores y éxitos editoriales

Si los libreros-editores católicos, alentados por la Iglesia y deseosos de competir con las malas lecturas reservan un lugar cada vez más visible a la literatura recreativa, las buenas lecturas propuestas, cualquiera que sea el género, cumplen con una intención didáctica y moralizante. La cuidadosa selección de

2. Esta «Biblioteca de la juventud» es una de las muchas iniciativas emprendidas por Rubio y Ors «para cumplir con los requisitos de la "amenidad y de la moralidad" de la lectura». El prólogo a la colección de relatos insertos en dicha Biblioteca es esclarecedor: «No basta declarase contra el mal; (…) es preciso combatirlo, contraponer el ejemplo de la virtud al del vicio, a la perversidad de ideas y pensamientos (…) la bondad y nobleza (…)». Véase el Catálogo de las obras de fondo, seguido del general de la librería católica y científica de la Viuda e Hijos de Juan Subirana, Barcelona, 1876.
3. Jaime García Padrino en varios de sus esclarecedores estudios sobre literatura para la niñez y la juventud, ha destacado la relevancia de esta editorial que, desde 1885, empieza a publicar una colección de cuentos, «Cuentos de Calleja», considerando al niño como receptor de unos productos específicos: la extensísima lista de titulos se acompaña de un repertorio de ediciones al alcance de cualquier poder adquisitivo. Si muchos de estos cuentos se publicaron de manera anónima, se conoce a uno de los autores, José Muñoz Escámez, cuya producción, recogida en la antología *Azul celeste*, abarca un centenar de cuentos.

obras católicas explica la escasa oferta generalmente centrada en los mismos autores, tanto extranjeros como españoles. Conviene subrayar que esta literatura edificante y ejemplificante, incluyendo los cuentos, no solo se destinaba a la infancia o a un lectorado joven. Indudablemente algunos de los autores a los que nos hemos referido hicieron una distincción explícita entre las novelas cortas o «nouvelles» y novelas, generalmente reservadas a los adultos y los cuentos explícitamente destinados a la infancia y a un público juvenil. Cuentos como «Mariquita la vanidosa», «El zapatero remendón», «Historia de un ochavo Moruno» de Manuel Polo y Peyrolón, y publicados en *La Hormiga de Oro* en 1884 son de tono infantil; por lo que se refiere al cuento o historieta moral de Francisco Paula Capella (1823-1901) «Los matrimonios a la moda», «Las sacerdotisas del trabajo» de la conocida Angela Grassi (1823-1883) o «Los prisioneros» de Guy de Maupassant (1850-1893 que salen en la misma revista en 1890, se destinan a lectores adultos.

La limitación de espacio nos disculpa de intentar un exaustivo análisis de la obra cuentística de autores ya aludidos y recurriendo a los diferentes criterios que facilitarían una visión profundizada y exaustiva de la producción cuentística edificante (temas, soportes de publicación, cronología). Por lo tanto, en este estudio que puede considerarse como una primera etapa dentro de un proyecto más ambicioso, se mencionarán a algunos de los escritores más representativos de la literatura edificante y del cuento.

Inculcar sanas y consoladoras creencias

Entre los autores cuya obra cuentística respondía a finalidades explícitamente edificantes y católicamente proselitistas, habría que destacar a Fernán Caballero, cuya dedicación a la labor de recolección de cuentos tradicionales inspirados por la tradición de la transmisión oral tuvo una notable influencia en la obra de cuentistas como el Padre Coloma y Antonio de Trueba. Estudios como los de Mariano Baquero Goyanes y de Jaime Padrino han dado lugar a las requeridas puntualizaciones teóricas con respecto a la definición del cuento popular y del cuento literario y han demostrado oportunamente la dificultad en establecer fronteras rígidas entre ambas modalidades[4]. En el caso de Fernán Caballero, el cultivo del cuento folklórico arranca del acercamiento al pueblo, propio del romanticismo, que se produce en toda Europa y que ve en la producción cuentística, la expresión del espíritu nacional. Se trataba, como cuando daba a la luz sus novelas de costumbres, de propiciar un género

4. Véanse *El cuento en España en el siglo XIX* de Mariano Baquero Goyanes y *Antecedentes del cuento literario infantil en la España contemporánea (1885-1939)* de Jaime Padrino

popular en el que se expresara el genuino espíritu nacional con el modo de vida y expresión del pueblo no contaminados por culturas ajenas. La afición de Cecilia Böhl de Faber por clasificar el material folklórico del que se inspira, se expresa a lo largo de su correspondencia con el editor Hartzenbusch y en los distintos prólogos a las ediciones de sus *Cuentos y poesías populares* (Baquero Goyanes 1959: 579). Sin entrar en el análisis pormenorizado de su producción cuentística por estar ya muy estudiada su obra, nos limitaremos a subrayar que mucho del material recogido por Fernán Caballero fue refundido y adaptado propiciando de este modo la elaboración de una obra creacional destinada a lectores adultos. También cuidó de distinguir el cuento de origen tradicional y el cuento literario o «relación».

Algunos de los cuentos publicados inspirados en leyendas y narraciones populares, bien podrían ser leidos por un público juvenil pero la autora se preocupa por deslindar lectorados distintos. Se supone que la mayoría de los cuentos insertos en publicaciones periódicas como el Semanario Pintoresco Español desde 1849 y en ilustraciones más tardías como *La Hormiga de Oro* o *La Ilustración Católica de Madrid* y *La Ilustración Católica de España*, se destinaban a públicos híbridos entre los que se incluyen las familias cristianas, y un amplio sector de la burguesía conservadora. Con la creciente especialización de una prensa de masas, las publicaciones católicas acabarán por interesarse por lectorados específicos como los obreros, las mujeres, los niños.

Por lo que se refiere a los cuentos infantiles, como apuntado por Baquero Goyanes, tanto los *Cuentos de encantamiento* como los *Cuentos infantiles religiosos* se publicaron en la edición de *Cuentos, oraciones, adivinas y refranes populares e infantiles* que apareció en Madrid en 1877 (Baquero Goyanes 1959: 579).

Antonio de Trueba: «Lo útil y lo dulce»

Como Fernán Caballero, y dentro de la línea tradicionalista que caracteriza su concepción religiosa, política y artística, cabe destacar el caso de Antonio de Trueba que, aun siendo hoy un escritor insuficientemente conocido, fue un prolífico auteur de cuentos reconocido por sus coétanos y cuya obra se tradujo a varios idiomas[5]. Es omnipresente en la prensa ilustrada de la segunda mitad del siglo XIX y la popularidad que tuvo en vida se refleja en las numerosas críticas y reseñas de su obra como la que le dedicó Manuel Milá y Fontanals (1818-1884) para sus *Cuentos populares y campesinos* en el *Diario de Barcelona*, o la de Pereda a sus *Obras* en *La Abeja Montañesa* en 1862 (Amores 2004: 60-61). Conocido fuera de España gracias a las traducciones de su *Libro de*

5. Véase el estudio que le dedicó Montserrat Amores, *Antonio de Trueba y el cuento popular*.

los Cantares y de cuentos como *Cuentos de color de rosa*, se benefició de una extraordinaria publicidad gracias a la publicación en 1876 en la *Revue des Deux Mondes* de una extensa biografía del crítico francés Louis Lande.[6]

Si la poesía es el género con el que se da a conocer, gozó de gran popularidad gracias a su pletórica producción cuentística. Es autor de nueve volúmenes de cuentos entre los que se destacan *Cuentos de color de rosa* (1859), *Cuentos campesinos* (1860) *Cuentos populares* (1862) cuya primera edición conocida con el título *Colorín, colorado… cuentos*, salió en 1859, *Cuentos de vivos y muertos* (1866), *Cuentos de varios colores* (1866), *Cuentos de madres e hijos* (1878). Como otros escritores españoles que se comprometieron a propugnar una literatura edificante y cristiana al alcance de todos los lectorados, Trueba también se había lanzado por la senda de la novela y más precisamente la novela histórica, género que habia sido dignificado y fomentado por escritores como el jesuita italiano el Padre Franco y el cardenal Wiseman (1802-1865), autor de la conocida novela *Fabiola*. Algunas de estas novelas, generalmente novelas cortas, se incorporaron en el *Semanario Pintoresco Español* y en revistas como *La Hormiga de Oro* y *La Ilustración Católica de Madrid*.

Toda la obra de Trueba está inspirada en España y, en especial, en el País Vasco, sus tradiciones, sus leyendas, sus paisajes y los escenarios de la vida rural. En el Prólogo de sus *Cuentos del hogar*, define la línea estética y la finalidad de sus relatos:

> En los Prólogos de los seis libros de cuentos que han precedido a éste, he dicho cuanto tenía que decir de este género de literatura, que tengo por importantísimo; por cuanto no hay materia que en él no se pueda tratar, ni hay género de composición literaria que tanto se preste como ésta a llevar lo útil y dulce de que habla un tal Horacio, a todas las inteligencias y gustos (Trueba 1916: 2).

Sus cuentos, y sus obras en general, constituían la típica lectura de familia, obras que podían ser leídas por las madres a sus hijos, o por la juventud y todos los que buscaban en la literatura amena y edificante de aquel período, un bálsamo inocuo y las pautas de un comportamiento ejemplar y cristiano ante los estragos del liberalismo y de la impiedad: «Mi nuevo libro de cuentos, lo mismo sirve para ser leído junto a la lumbre, que en el vagón, o entre las flores del jardín, o bajo los frutales del huerto, o metido el lector entre sábanas en estas pícaras noches de enero asomando solo la mano que sostiene el libro» (*ibid*: 3).

6. Esta biografía está inserta en la edición *Cuentos del hogar, en el Apéndice* y recalca el éxito de Trueba cuentista fuera de España: «Hacía veinticinco años que Trueba residía en Madrid; sus cuentos habían tenido tanta fortuna como sus poesías; las ediciones se multiplicaban en España, y las traducciones en el extranjero, en Inglaterra, en Alemania, y hasta en Rusia (…)» (Lande, 1916: 345).

En su estudio sobre Trueba, Montserrat Amores recalca que «su obsesión por la ejemplaridad de sus narraciones le llevó a supeditar el argumento folklórico y la construcción literaria a la finalidad moral que en su opinión debían tener todos los cuentos (Amores 2004: 172). Por lo tanto actuó más como escritor literario que como recopilador aunque afirmaba escribir por el pueblo y gracias al pueblo e inspirarse en las tradiciones folklóricas de su tierra. Cultivó el cuento folklórico como un material que había que refundir y subsanar cuando lo requería la finalidad didáctico-moralizadora; lo que explica que muchos de los ingredientes de lo maravilloso y de lo inverosímil fuesen borrados en beneficio de cierto idealismo realista.

La literatura popular que reivindica Trueba es «aquella literatura que por la sencillez y la claridad de su forma está al alcance de la inteligencia del pueblo» (Trueba 1862: 9). Se trata evidentemente de una literatura inspirada en costumbres populares que transmitía una realidad idealizada y que pretendía reflejar el «genuino espíritu nacional». Una literatura que actuara de contraveneno con respecto a los folletines «literatura pesimista que se complace en presentar el mundo como un infinito desierto en que no brota una flor, y la vida como perpetua noche en que no brilla una estrella» (Trueba 1962: I).

A pesar de ser una literatura moralizante que adolecía los estigmas de este tipo de producción excesivamente didáctica, entre otras cosas, la presencia de un narrador intradiegético con una función ideológica, y el allanamiento de los elementos maravillosos para conseguir una trama narrativa razonable y verosímil, los cuentos de Trueba tuvieron éxito por motivos relacionados con el entorno político-religioso y cultural de su época. Como apuntó Jon Juaristi, un entorno en el que no se reclamaba una literatura de elevado nivel cultural y que « sirviera de soporte al incipiente nacionalismo español y a la moral "moderada" de una burguesía reacia a embarcarse en aventuras revolucionarias como aquellas que sus padres habían arrostrado» (Jon Juaristi, citado por Amores 2004: 63).

Manuel Polo y Peyrolón o el «fervoroso espíritu de nacionalidad»…

Con estas palabras *La Ilustración Católica de España* elogiaba en 1890 la obra de uno de los escritores católicos más representativos de la literatura amena y popular. La revista celebraba lo que, a su juicio, defínía el oficio de un escritor auténticamente cristiano: «Un católico sincero, sin aditamientos ni cortapisas, (que) infunde la lealtad de sus principios y la firmeza de sus convicciones a los cuadros y escenas, a las narraciones y diálogos, a los tipos y carácteres» (*La Ilustración Católica*, 25/5/1890: 172).

Manuel Polo y Peyrolón, poeta, novelista y autor de una abundante literatura amena (cuentos, leyendas y narraciones cortas) tuvo un éxito duradero

en la prensa católica de la época. Su afiliación al sector tradicionalista y sus convicciones carlistas se plasmaron en varias publicaciones de carácter marcadamente anti-liberal como *El cristianismo y la civilización* (1881), *El liberalismo por dentro* (1895) y *El liberalismo católico sin comentarios* (1906), opúsculos antiliberales que ofrecían, como la literatura tradicionalista de aquel momento, un cuadro completo de los errores del liberalismo (libertad de pensamiento, de cultos, de imprenta, de catédra, etc.). Las conocidas revistas *La Hormiga de Oro* y *La Ilustración Católica de España* contaban con publicaciones regulares de Polo y Peyrolón y las secciones de crítica literaria de ambas publicaciones elogiaban sus obras. La prolífica contribución de este autor está centrada en sus cuentos y relatos cortos, muchos de ellos publicados por primera vez en la prensa y en función del contexto religioso y político. Mencionemos el cuento «Tres en uno», publicado en *La Hormiga de Oro* en 1891 que relata la historia de una familia cuyo padre es un sectario y revolucionario, contaminado por las ideas de la revolución francesa y por las obras de Voltaire. El hijo, enviado a la capital para sus estudios, acaba corrompiéndose también y contrae la sífilis. Se salva y se convierte al catolicismo. El relato es una apología de la educación de los Jesuitas y una condena del liberalismo y de la ciudad, foco de corrupción.

La moraleja se expresa oportunamente en el momento de las manifestaciones contrarrevolucionarias organizadas por los sectores tradicionalistas con motivo de la celebración del primer centenario de la revolución francesa. Relatos como «Una huérfana con tres madres» (1894) sobre la pobreza y la mendicidad alterna con artículos sobre la cuestión obrera y la celebración del primero de mayo. Otros cuentos como «El niño misionero» (1894) se anuncian en la Biblioteca de *La Ilustración Católica* que ofrece a sus abonados «(…) uno o dos tomitos de agradable y sana lectura» (*La Ilustración Católica*, 15/1/1894).

Por su parte, *La Hormiga de Oro*, promueve la publicación de *Bocetos de brocha gorda*, relatos cortos, que se ofrecen a los lectores en varias entregas en la revista como «Elocuencia de un cadáver» (1888). Los estrechos vínculos entre librerías católicas y la prensa favorecen la difusión y la publicidad de autores como Polo y Peyrolón cuyas obras son objeto de una elogiosa crítica en el momento de salir a la luz. Como ejemplo de esta eficaz organización de la comunicación en el ámbito católico, merece citarse la reseña dedicada a la obra de Polo y Peyrolón por Jerónimo Forteza, crítico literario en *La Ilustración Católica*. Su artículo titulado «Ligero examen de sus obras» es un compendio ejemplar de lo que debe ser la literatura edificante. La crítica se centra en su novela *Los Mayos*, novela original de costumbres populares de la sierra de Albarracín (1878) y de sus cuentos *Costumbres populares de la tierra de Albarracín* (1876). Digno representante de la literatura popular por haberse

inspirado en sus costumbres, en su lenguaje y en sus paisajes, el autor de estos cuentos «describe con exactitud y colorido, sin asimilaciones idílicas» (Forteza 1890: 173).

La valoración estética de la obra de Polo y Peyrolón se enmarca en el debate que enfrenta la literatura y el arte cristianos a la literatura moderna. Transparece en esta reseña el ideal de belleza inspirado por el espíritu religioso. La inspiración moral y cristiana del autor de las *Costumbres populares de la tierra de Albarracín* es la marca del género: «porque sabe que no hay moralidad donde no existe un ideal puro, práctico y bien definido, por cuya eficacia lo sensible trascienda a lo inteligible, la materia al alma, lo temporal a lo eterno» (*Ibid.*: 172).

Mediante los valores fijos y eternos que refleja, esta literatura costumbrista encarna la esencia y la vida tradicional del pueblo español. Polo y Peyrolón es ejemplar en este sentido ya que sus cuadros populares, sus cuentos y sus novelitas rescatan lo propio de la nacionalidad, las huellas que se van borrando de las costumbres nacionales: «Nuestro novelista rivaliza en su afición a las gentes de la montaña, con su pintoresco lenguaje y sencillas costumbres; y gusta lo propio que el delicado Trueba de ofrecer a éstos como perenne y acusador contraste de esa vida ficticia de los centros populosos» (*Ibid.*)

El arte de Polo y Peyrolón es, por lo tanto, el arte en «el que se han lavado las más pequeñas impurezas» y en el que «nunca se expresa lo bello sin la significación de lo bueno» (*Ibid.*: 176).

El realismo al servicio de la edificación

Si la amenidad no está reñida con el mérito, habrá que esperar las últimas décadas del siglo para que autores como el Padre Coloma siempre dentro de esctrictos criterios morales, se acerque a formas literarias más novadoras y más sensibles a la realidad movediza y compleja del mundo y del ser humano.

Dentro de la corriente cuentística de origen oral o tradicional, se sitúa el Padre Coloma, cultivador simultáneo de las narraciones para la infancia y de las novelas para lectores adultos. Ya se ha mencionado su protagonismo en la revista *El sagrado Corazón de Jesús*, en la que el joven autor pone su talento de narrador al servicio de la defensa de una fe incontaminada por los excesos del liberalismo. La colaboración del jesuita en la revista empieza con breves narraciones como «La camisa del hombre feliz» y «Caín», que luego se agruparon en la colección *Lecturas recreativas*, promocionada por la revista. Se trataba de captar lectorados diferentes y destilar una literatura moralizante al alcance de los buenos cristianos como se anunciaba en el prólogo: «Es en el presente otro de los libros que no deben faltar en el perfumado gabinete o en

el sencillo hogar proletario, de ninguna familia cristiana de nuestros días, pues sus páginas cuadran perfectamente a todas las clases sociales» (*El Mensajero*, enero de 1885: 63).

El más amplio conocimiento de este autor permitiría recuperar a una obra mucho más polifacética e innovadora de lo que la crítica ha dejado entrever. Como continuador de la obra de recolección de la literatura oral emprendida por Fernán Caballero, Luis Coloma recurrió a elementos característicos en la cuentística tradicional como en los cuentos «Pelusa», relato incorporado en sus *Cuentos de Navidad* (1912). El relato se centra en la figura fantástica de Doña Amparo, una muñeca dotada de poderes mágicos, que se presenta ante el ogro como «dentista americana» y al que da muerte. Jaime Padrino ha comentado la presencia en este relato de elementos propios a los cuentos eslavos dedicados a la bruja Baba Yaga. En sus *Cuentos para niños*, el relato titulado «Periquillo sin miedo» aparece como una versión original del hispánico *Juan Sin Miedo*. El caso de Coloma es significativo de lo que podría considerarse como cierta imprecisión terminológica. En efecto, si sus cuentos para niños están agrupados en el tomo IV de las *Lecturas recreativas*, hay que tener en cuenta que muchos relatos o narraciones breves, que constan en sus *Cuadros de costumbres populares* y *Pinceladas al natural,* constituyen un género intermedio entre novela corta y cuento. Relatos como «La malediciencia», «¡¡Chist!!..»., «Pilatillo», «La almohadita del niño Jesús» tienen una evidente finalidad moralizante e incorporan, en algunos casos, elementos sobrenaturales. Estos relatos que Coloma no define como cuentos, aparecen en *Pinceladas del natural* y coexisten con los cuentos, anunciados como tales «Ratón Pérez» e «Historia de un cuento», que son narraciones mucho más cortas. Es muy posible que el Padre Coloma, al decantarse por lo que llamaba cierto «naturalismo a lo cristiano», hubiese querido distinguir sus cuentos literarios de los cuentos más tradicionales en los que recuperaba elementos presentes en la cuentística extranjera como los cuentos de Andersen. También es cierto que estas relaciones, no especialmente destinadas a un público infantil, incorporaban elementos realistas relacionados con determinados acontecimientos históricos y político-religiosos contemporáneos. El mismo título de *Pinceladas al natural* refleja la intención del jesuita de luchar con las mismas armas que las de los autores «impios y liberales» y elaborar narraciones de carácter realista. No olvidemos que la producción novelística de Coloma, y más precisamente su novela *Pequeñeces* (1891) se elabora durante la polémica sobre la novela como género, polémica omnipresente en la prensa católica de aquellos años. Para el autor misionero y predicador, la literatura amena es un instrumento de combate al servicio del bien y de la moralidad.

En el caso de Coloma, la finalidad ejemplar y moralizadora de sus relatos o narraciones breves y de sus cuentos no empaña la agilidad de los diálogos, ni la fluidez de la diégesis y el conjunto de su obra cuentística y narrativa merece ser redescubierta. En su discurso de bienvenida a Luis Coloma en la Real Academia en 1908, Alejandro Pidal y Mon (1846-1913) había advertido cómo algunos relatos y cuentos incluidos en *Cuadros del natural* como Ranoque «pintaban rasgos tan verdaderos como repugnantes y odiosos a toda sensibilidad si no la fascinara el sublime que brilla en medio de aquel horror» (Pidal y Mon, citado por Hibbs 1997:39).

Conclusión: y aquí se acaba el cuento…

En el ámbito de la llamada literatura edificante, la producción católica de diferentes géneros, y en particular la producción cuentística, fue mucha más importante de lo que podría sospecharse. Con las debidas reticencias y resistencias que imponían la moral y una estética encerrada en los moldes de una visión tomista, en la que religión y belleza no podían disociarse, la Iglesia y distintos sectores del catolicismo propiciaron una diversificación de la oferta y la captación de nuevos lectorados. El cuento, por ser una forma de fácil acceso, de amplia difusión gracias a una prensa masificada, fue un género fructífero para un público capaz de consumir literatura. También satisfacía las expectativas de lectores que buscaban una determinada visión del mundo y para quienes las costumbres nacionales y el rescate de la historia viva de lo pasado, mediante referencias folklóricas y regionalistas, constituían el trasfondo de la nación española. El estudio del cuento en la literatura del siglo XIX, estudio que merece mayor profundización en el campo de la literatura edificante y religiosa, ofrece una inagotable cantera para los que se interesan por las transferencias culturales ya que proliferaron las reelaboraciones, las refundiciones y adaptaciones de este género.

Bibliografía

AMORES, Montserrat, *Antonio de Trueba y el cuento popular*, Diputación foral de Bizkaia, 2004.

BAQUERO GOYANES, Mariano, *El cuento español en el siglo XIX*, Madrid, Revista de Filología Española-Anejo L, CSIC, 1949.

BOTREL, Jean-François, «Traduire et transférer en Espagne à la fin du XIXe siècle», en *Transferts culturels: la traduction (XVIIIe-XXe siècles)*, Paul Aubert (coord.), Aix-en-Provence, Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne, n° 49, 2014, pp. 63-70.

CEBALLOS VIRO, Alvaro, *Ediciones alemanas en español (1850-1900)*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2009.

CHEVALIER, Maxime, «Cuento folklórico y literaturas del siglo XIX», en *Actas del Séptimo Congreso de la Asociación Nacional de Hispanistas*, Roma, Buzoni Editore, 1982, pp. 325-333.

COLOMA, Luis, *Cuadros de costumbres populares*, T. 1, (séptima edición), Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1902.

—, *Pinceladas del natural*, Bilbao, El Mensajero del Corazón de Jesús, 1902.

FORTEZA, Jerónimo, «El novelista D. Manuel Polo. Ligero examen de sus obras», en *La Ilustración Católica de España*, 25/5/1890, pp. 171-176.

FRONTAURA, Carlos, «Viaje cómico a la Exposición de París», en *El Cascabel*, 1868, pp. 115-116.

GARCÍA PADRINO, Jaime, «Antecedentes del cuento literario infantil en la España contemporánea (1885-1939), en *Retama*, n° 1, Cuenca, 1989, pp. 71-82.

HIBBS, Solange, «La contre-propagande révolutionnaire dans la presse catholique espagnole à la fin du XIXe siècle», en *Après 89. La Révolution, modèle ou repoussoir*, L. Domergue et G. Lamoine (eds.), Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1991, pp. 229-238.

—, «Le roman édifiant catholique (1840-1900)», en *Le roman espagnol au XIXe siècle*, Jacques Maurice (ed.), Paris, Université Paris X-Nanterre, 1997, pp. 17-41.

—, «Christophe Von Schmid (1796-1854): un écrivain à succès pour les enfants et la jeunesse au XIXe siècle», en *Savoirs, pouvoirs et apprentissages dans la littérature de jeunesse en langue espagnole, Infantina*, Michel Moner et Christine Pérès (eds.), Paris, L'Harmattan, 2007, pp. 9-21.

—, «La estética del Ave María», en *Estéticas y estilos en la literatura española del siglo XIX*, M. Sotelo, E. Rubio, V. Trueba, M. Cristina, B. Ripoll, J. Cáliz (eds.), Barcelona Ube, 2014, pp. 199-210.

LANDE, Luis, «Un narrador español: Antonio de Trueba», traducido por Antonio de Trueba en el Apéndice a *Cuentos del hogar, con anotaciones y rectificaciones*, Madrid, Librería de Antonio Rubiños, 1916, pp. 319-360.

PARDO BAZÁN, Emilia, *Personajes ilustres. El Padre Luis Coloma. Biografía y estudio crítico*, Madrid, Saénz de Jubera Hermanos, 1889.

ROCA Y CORNET, Joaquín, *Ensayo crítico sobre las lecturas de la época*, Barcelona, Imprenta de Antonio Brusi, 1847.

TRUEBA, Antonio de, *Cuentos populares*, Madrid, Luis Palacios, 1862.

— [1875], *Cuentos del hogar*, Madrid, Librería de Antonio Rubiños, 1916.

— [1859], *Cuentos de color de rosa*, Madrid, Imprenta de D. Luis Palacios, 1962.